

**Réquiem Para los Nobel**

**POR CARLO COCCIOLI**

vel silencio, se calla, como avergonzado de haberse transformado, involuntariamente, en un "personaje".

Quiénes le conocieron en Buenos Aires, años atrás, cuando solía coordinar las protestas y las demandas de familiares de presos políticos "desaparecidos" en las prisiones, pueden entender que este hombre sencillo, con cara de niño, que abandonó la carrera universitaria y su actividad de escultor para dedicarse a los desposeídos, a los humildes y a los oprimidos, se sienta mal ahora que se tornó en un "personaje", un hombre público.

**NO ASPIRA AL DINERO**

"Creo innecesario explicar que el Premio de 880.000 coronas suecas (cerca de 220.000 dólares) lo destinaré a nuestro Movimiento de Paz y Justicia. Personalmente no tengo derecho a cobrar ni siquiera un solo centavo. Para mí, en términos personales, nada desee, a nada aspire. No tengo derecho, repito, a ni un centavo en términos personales", afirma.

El va a recibir el Nobel en diciembre, en Oslo. No ruega, y espera, entonces, al recibir su pasaporte del gobierno argentino, tener más que en 1977. En abril de ese año Pérez Esquivel se presentó a la Policía Federal en Buenos Aires para renovar su pasaporte. Hizo el trámite burocrático y volvió a presentarse allí para recibirlo en la fecha marcada. Volvió y lo aprehendieron.

Tenia "antecedentes político-criminales", según le dijeron en el momento de la detención. Un año antes, había estado preso en Brasil, y poco después, preso y expulsado de Ecuador. Quedó en la prisión en Argentina, primero en Buenos Aires, luego en la Penitenciaría de La Plata, a lo largo de 14 meses, sin que se le acusara legalmente de ningún delito.

Si bien busca no hablar de ese período, Pérez Esquivel por fin, admite que sufrió torturas en las cárceles argentinas: "Torturas las hay en todos nuestros países, y no sólo en las prisiones, sino en la misma vida diaria, dura y penosa de los campesinos y los obreros", dice.

**EL EVANGELIO**

Pérez Esquivel es un cristiano de confesión luterana que realiza su trabajo en defensa de los derechos humanos "sin ningún tipo de distinción" política, religiosa o ideológica. Aunque luterano, los católicos son, cuantitativamente, el principal apoyo de su movimiento, el que abarca, sin embargo, a socialistas, peronistas, hasta comunistas.

"Los que sufren se hermanan en el sufrimiento, y los que luchan se hermanan en la lucha. No hay diferencias entre nosotros cuando luchamos por cosas valideras. En mi caso, y en el de la mayoría de los miembros del Movimiento Paz y Justicia, es el Evangelio que nos anima a asumir nuestras luchas. Pero

todavía somos muy pequeños, muy humildes".

Pérez Esquivel señala que recibió de los obispos progresistas de la Iglesia Católica Sudamericana "la gran influencia" para todo lo que hace: "Principalmente los obispos que en Brasil defienden a los oprimidos, como el cardenal Arnés, el cardenal Lorscheider, monseñor Hélder Cámara, monseñor Antonio Fragoso y monseñor José María Pires, han tenido, por sus ejemplos, gran influencia y enorme participación en todo lo que hacemos. Me siento integrado a la Iglesia Brasileña, por todo lo que abrió como perspectiva nueva a los religiosos en Latinoamérica".

Cuando el Papa Juan Paulo II estuvo en Brasil, el pasado julio, Adolfo Pérez Esquivel fue uno de los principales intermediarios que propició el encuentro del Sumo Pontífice con una comisión de madres y familiares de presos políticos desaparecidos en Argentina. Las madres argentinas llegaron a Porto Alegre, la sureña ciudad brasileña que visitó el Papa, sin tener seguridad de que la policía de Brasil no les crearía problemas. Al fin de larga espera, con la intervención de Pérez Esquivel junto al cardenal de Sao Paulo, el Papa Juan Paulo II recibió a las "Madres de La Plaza de Mayo", la comisión de mujeres que, todos los jueves, desfila por la Plaza donde se ubica el Palacio de gobierno argentino, en Buenos Aires, pidiendo por sus hijos desaparecidos en las prisiones políticas.

"Además de los presos desaparecidos, hay los niños nacidos de madres embarazadas al momento del arresto, y que nacieron en prisión y nunca más aparecieron. El drama es mucho más grande de lo que uno piensa", añade.

**CAMPORA**

Se informa a Pérez Esquivel que, según los diarios, el ex Presidente de Argentina, Héctor José Cámpora, exiliado en México, se solidarizó con el nuevo Premio Nobel de la Paz: "¡Qué bien!", exclama, explicando lo que sería necesario explicar: "En Argentina ningún diario informó sobre esto. No dijeron nada de Cámpora".

El Nobel de la Paz se muestra preocupado con la situación de la violencia política en América Latina: "El asesinato de monseñor Romero, en El Salvador, la violencia en ese mismo país, el golpe en Bolivia, la situación de Uruguay, Chile, Argentina. La situación de Paraguay, con la más antigua dictadura del continente, nos obliga a asumir nuestro compromiso de luchar por los oprimidos en una forma cada vez más concreta", dijo.

En su casa, todos trabajan en la misma tarea: su esposa, Amanda Irati Guerrero de Pérez y sus cuatro hijos. El no explica en qué laboran más los chicos pero, en su visión del Evangelio, es fácil entender que quizás convivan o jueguen con los hijos pequeños de presos políticos desaparecidos.

SE ha dicho que para lograr algo importante es preciso, en estos días, ser polaco: empiezo a partir el extraño punto de vista. Extraño sí pero no tanto: en el siglo pasado se veía a Polonia como "la mauvaise conscience d'Europe", el complejo de culpa del mundo civilizado. Porque lo sentían infeliz, ¡tan mal colocado entre rusos y alemanes!, las naciones occidentales interpretaban al pueblo polaco, con su Chopin y todo lo demás, como un eterno chantaje sentimental; y respondían concediendo mil compensaciones. Cien años después sucede casi lo mismo. No conozco bastante a los polacos como para ensalzarlos o criticarlos: se me asegura que son un pueblo pasional y fuerte, no muy simpático de judíos que digamos, pero muy dado a las lágrimas y al teatro. Parece que allí se inventó el sadomasoquismo antes de que existiera Sacher-Masoch.

Y buenos disfrutadores, esto sí, los polacos, de ricas bebidas entre los abundantes llantos: "boire comme un Polonais", tomar como un polaco, es en Francia la expresión consagrada para indicar a todo borracho de padre y muy señor mío. Hasta la empleó Zola a quien no se puede tachar de racista. Pero, por lo que concierne al último premio Nobel de literatura, confieso que mucho aprecié a Octavio Paz —¡jél, tan devoto de aquellos laureles!— cuando, haciendo prueba de involuntario humorismo en el programa de Jacobo Zabłudowsky (otro apellido polaco), sugirió que a ese remoto poeta, cuyo nombre no recuerdo ahora, el premio acababa de otorgárselo más el misericordioso Cielo que la enigmática sentencia de los académicos suecos. Es que Polonia está de moda en las Alturas...



EN cuanto al argentino, confieso que me he quedado como la mayoría de las personas con quienes he comentado el sensacional otorgamiento: anonadado. No dudo de que, para obtener el insigne galardón, ese personaje haya realizado grandes hazañas; pero en un tiempo como el nuestro, tan amante de las comunicaciones, las hazañas tienen por lo general un resplandor visible a lo lejos. Ahora bien, nada parece brillar demasiado en el argentino cuyo nombre seguiré ignorando. Lo que le hemos oído decir por televisión —agujoneado por un entrevistador telefónico que mexicana y reverentemente empleó la palabra "señor" unas treinta veces en cuatro minutos— se me antojó a mí de una trivialidad vertiginosa y abismal. Ni siquiera se expresaba en un español correcto, lo que tal vez no tenga importancia: hubo santos analfabetos y tartamudos. Tampoco enarbolaba un rostro profético; pero cara vemos y co razón no sabemos. Lo único cierto es que no aprovechó esa ocasión irrepetible para denunciar a gritos, con nombres y apellidos, fechas y pormenores, las indecencias que, al decir de muchos, se cometen en su patria. ¿Por comprensible temor? ¿Qué va!: un ganador del Nobel es prácticamente intocable. Pero nuestro ganador se contentó con expedir algo así como una floña bendición

al pueblo de México, al cual, vaya suerte, todos bendicen hoy en día, polacos y no polacos...

Bendiciones que no me impiden a mí estar confundido. Por lo que atañe a lo literario, hay Borges, hay Graham Greene, hay Ernst Jünger, hay Lawrence Durrell (el del Cuarteto de Alejandria), hay no pocos otros —Juan Rulfo no, si me lo permite Salazar Mallén— que nos benefician, en esta hora tan tétrica para la especie humana, con los productos magníficos de su gran literatura. A los que acabo de nombrar yo les debo mucho, mucho, mucho. ¿Qué le debo a ese oscuro polaco de quien, aun siendo un lector frenético desde hace casi medio siglo, sólo conozco la poesía que Paz nos leyó en la televisión traduciéndola del inglés? No eran feos, por cierto, los conceptos allí expresados, pero ligeramente demasiado obvios entre quienes son o declaran ser discípulos de T. S. Eliot. Por desgracia, nadie es tan imitable como el autor de Asesinato en la Catedral...

Bueno: tal vez el error consista en seguir haciéndoles caso a unos premios internacionales que tienen nombre de dinamita. Que ya sean meros dictados políticos, de ello no cabe la menor duda. Que el criterio político con que se otorgan sea sumamente discutible, también esto me parece a mí fuera de contestación. Que los académicos suecos tengan además la coquetería de mantener sus famosos galardones alejados de todo sentido común, tampoco es posible negarlo. Conclusión: ¡réquiem eterno para los premios Nobel! no agonizan menos que los juegos olímpicos!